

BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO Á PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS

DIRECTOR

D. ZACAÑÍAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra, y reposó el día sétimo. Y bendijo el día sétimo, y santificólo. Gen. Cap. II, v. 2 y 3.

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios)

Dominica tercera despues de la Páscoa,

Módicum, et jam non vidébitis me; et iterum módicum, et vidébitis me: quia vado ad Patrem.

Joan. cap. XVI.

Un poco, y ya no me vereis; y otro poco y me vereis: porque voy al Padre.

Siendo la avaricia uno de los siete pecados capitales que más estragos causan en el órden espiritual y social, y habiéndonos propuesto combatir uno por uno esos siete pecados, por medio de las virtudes cristianas que lesson contrarias, tócanos oponer á la avaricia la largueza y reparar los males que aquella nos causa con los bienes que esta produce.

La largueza es una virtud que nos mueve á socorrer con generosidad y desprendimiento las

necesidades de los pobres. Esta virtud que es hija de la caridad, así como la caridad es hija de la fé debemos practicarla en este brevisimo espacio de tiempo que dura nuestro destierro, pues ella nos abrirá las puertas del cielo donde verémos cara á cara, en toda su gloria y magestad á Jesucristo nuestro Señor, sublime vision que nos colmará de gozo y nos hará felices por toda la eternidad. *Módicum, et vidébitis me.*

Para lograr tan piadoso y saludable intento vamos á exponer la obligacion de la largueza y los grandes bienes que produce su cumplimiento.

Para que nadie alegue ignorancia acerca de la obligacion indeclinable de socorrer con largueza las necesidades de los pobres, abriré tres libros, el libro de la creacion, de la conciencia, y del

Evangelio donde el mismo Dios ha escrito con caracteres indelebles la ley de la limosna.

Abriendo el libro de la creación, observo que todos los seres se muestran generosos con el hombre, contribuyendo todos ellos á su servicio, comodidad y regalo. Si levanto los ojos al cielo, veo que los cuerpos celestes no cesan de contribuir en admirable concierto á la producción y conservación de las cosas necesarias á la vida humana. El sol, la luna y los astros, obedientes á la voz de Dios, no se cansan de enviar al mundo sus rayos, la luz, el calor, la fecundidad y la vida. La tierra se cubre de plantas, de frutos, y mieses, y nos suministra sus ricas y variadas producciones, sin que jamás se agote su fecundo seno, no habiendo faltado ha seis mil años á la ley que Dios le impuso, de ser la nodriza y dispensera de todos los vivientes. ¿Qué sería de nosotros si la naturaleza imitase nuestra avaricia? Si el cielo nos negara su luz y su calor, y las nubes sus fecundantes lluvias, y el aire su oxígeno, y el fuego su virtud, y los ríos sus aguas, y la tierra sus producciones, ¿podríamos vivir? Pues tampoco los pobres pueden vivir si les negamos nuestros socorros. ¡Ay del que cierre sus oídos y sus

entrañas á los clamores del pobre! Los cielos y la tierra y todos los seres que pueblan el universo se levantarán contra él y tomarán venganza de su insensato egoísmo y de su inhumano proceder. *Et pugnabit pro ex universus orbis contra insensatos.*

Si la ley del mútuo auxilio y de la generosidad no brillase en la creación con caracteres de luz, si el ejemplo de los seres que carecen de sentimiento y de inteligencia no fuese parte á conmover nuestro corazón, entremos dentro de nosotros mismos, estudiemos el libro de nuestra conciencia y en él aprenderemos la ley de la caridad que Dios ha grabado en su fondo con letras tan luminosas que todos, aun los más rudos é ignorantes pueden leer y comprender.

Todos somos miembros de un mismo cuerpo que es la sociedad. Y así como en el cuerpo humano todos los miembros tienen la misma vida y se comunican unos á otros los bienes y los males, y mútuamente se auxilian y favorecen, cumpliendo con admirable fidelidad y exactitud la ley de la naturaleza, de la misma suerte han de obrar los hombres, miembros vivos del cuerpo social, viviendo de la misma vida, participando de los mismos bie-

nes, siendo los fuertes el apoyo de los débiles, los alegres el consuelo de los tristes, y los ricos la providencia de los pobres. Somos de la misma naturaleza, tenemos el mismo origen y perseguimos el mismo fin. Somos hermanos por la naturaleza y por la gracia. La conciencia nos intima la ley del mútuo auxilio y de la reciproca compasion. Si padece un miembro de este cuerpo moral que es la humanidad, la naturaleza nos manda que padezcamos con él. Si tu hermano está desnudo y tiene hambre, dále pan y vestido y no desprecies tu misma carne. *Cum videris nudum operi eum et carnem tuam ne despexeris* (1). Si alguno de vosotros posee la sustancia de este mundo, es decir, bienes de fortuna, y viendo á sus prójimos en grave necesidad, cierra sus entrañas á la compasion y sus manos á la limosna, ese no tiene fé ni caridad, no es cristiano, ni siquiera hombre; es un mónstruo. Hasta las fieras aman á sus semejantes y se favorecen mútuamente, en sus apuros, y necesidades. Preguntad á las aves, dice Job, y os enseñarán, á los peces del mar y os aconsejarán, á las fieras del bosque y os darán ejemplo, á los

animales del campo y serán vuestros maestros.

Habeis visto la ley de la generosidad escrita en el libro de la creacion y en el fondo de vuestra conciencia. Vedla, para terminar este asunto, en el Evangélio que es el libro del cristiano. Jesucristo, nuestro legislador, juez eterno de vivos y muertos nos ha enseñado con la palabra y el ejemplo la ley de la caridad. Fuego vino á poner en la tierra de nuestros corazones, y ¿qué desea su amoroso corazon sino que ese fuego del amor extienda por todas partes sus divinos incendios? Vended lo que teneis y dad limosna (1). A todo el que os pida, dadle con prontitud, con alegría, y generosidad. *Omni petenti te tribue* (2). *Qui petit á te da ei* (3). Dad limosna de aquello que os sobra. *Quod superest vobis date elemosynam* (4). El Evangélio alaba la generosidad de Zaqueo que daba á los pobres la mitad de sus bienes (5). Si teneis mucho, dad con abundancia (6). El que siembra poco, cojerá poco, dice el Apóstol, mas el que siembra

1 Luc., XII.

2 Luc., VI.

3 Matth., V.

4 Luc., VI.

5 Luc., XIX.

6 Tobíæ, IV.

en bendiciones, cosechará bendiciones (1). Toda la ley cristiana se compendia y sinteliza en el amor de Dios y del prójimo. El que no ama al prójimo, no ama á Dios, y el que no ama á Dios, *manet in morte*, aunque parece que vive, está muerto. No se llame cristiano, ni se tenga por hijo de Dios, ni espere gozar de su herencia el que no ama á su prójimo, ni le socorre en sus necesidades. En esto se conocerá que sois mis discípulos, nos dice el Salvador, si os amáis los unos á los otros con amor de verdadera fraternidad. Y para movernos con mas eficacia á las obras de misericordia, nos promete el ciento por uno y la posesion de la vida eterna. No tengo tiempo para daros una muestra siquiera de los *grandes bienes* prometidos á nuestras larguezas y caridades. Buscad el reino de Dios y su justicia, dice el Salvador, y todas estas cosas se os darán por añadidura. Como si dijera: Que reine en vuestros corazones el amor de Dios y del prójimo; sed justos, dando á cada uno lo que se le debe, al hambriento pan, al sediento agua, al desnudo vestido, al débil apoyo, al afligido consuelo, al ignorante doctrina, al

desvalido proteccion, sed generosos con los necesitados, ricos en misericordia con los miserables y largos en caridades; con los menesterosos, y todas estas cosas de la tierra se multiplicarán en vuestras manos como se multiplicaron en las de los apóstoles los panes y los peces bendecidos por Jesucristo, Señor y providencia del mundo.

No temas, dice San Cipriano, caer en la pobreza por hacer grandes limosnas. ¿Piensas, escribe San Agustin, que vendrá á menos tu patrimonio si socorres con largueza á los pobres de Cristo? ¿Cuándo vista la miseria en casa del hombre justo y limosnero? Jamás, porque está escrito: No matará de hambre el alma del justo aquel Señor que ha dicho (1): Dad y se os dará, abrid y se os abrirá, socorred y sereis socorridos. Joven fui, ya soy viejo, y lo juro sobre mi corazón: nunca he visto al hombre justo, compasivo y misericordioso abandonado de Dios, ni á sus hijos mendigando el pan. Y la experiencia abona estas palabras del sábio: Hay hombres que distribuyen sus propios bienes y se hacen ricos: hay otros que arrebatan lo ageno y siem-

1 Ad Corin. IV.

1 Luc., VI.

pre son pobres (1). El que socorre al indigente, no sufrirá la indigencia, mas el que cierra sus oídos á los ruegos del pobre, caerá en la penuria (2).

No se conocen los frutos de la limosna y por eso hay tanta dureza de corazón. Y no se conocen porque no hay fé, y no hay fé porque no se cultiva la flor hermosa, y fecunda de la caridad. El naturalismo ha logrado oscurecer la luz de la fé en los entendimientos y extinguir el divino fuego de la caridad en los corazones. De aquí ha nacido ese odio íntimo, profundo, implacable de los que no tienen á los que tienen, odio encendido en el pecho de los pobres por las predicaciones anti-cristianas y anti-sociales de los herejes y por la insaciable codicia de los ricos que explotan el sudor del obrero y contemplan impasibles las necesidades del indigente.

Es preciso enaltecer los frutos, la limosna y encender en todos los corazones el fuego de la caridad. Así habrá paz para los ricos y pan para los pobres. Los ricos con el buen uso de sus riquezas y los pobres con el mérito de su pobreza, cristiana-

mente sufrida, se labrarán una corona en los cielos.

Poniendo los ojos en las eternas recompensas y aspirando de corazón por obras de misericordia á los bienes del cielo, agradamos á Dios y merecemos sus gracias. Porque dice el Sábio: Haz bien al pobre y encontrarás esplendido galardón (1). Al Señor honra el que al pobre socorre con misericordia (2). Sed misericordiosos como vuestro Padre celestial (3) que es justo y misericordioso. ¿Quiéres saber lo que es bueno y lo que sobre todo te exige el Señor? *Facere iudicium et diligere misericordiam*. Que seas justo y que ames la misericordia (4). La limosna agrada á Dios más que las víctimas (5) y la misericordia mas que el sacrificio (6), nos libra de la muerte, redime nuestros pecados, extingue nuestras deudas, acrecienta nuestra riqueza, nos da la salud corporal, nos alcanza los auxilios de la gracia, y nos franquea las puertas de la gloria. Dad, pues, con abundancia, con alegría, con afecto, de grado y por amor de

1 Eccle., XII.

2 - Prov., XXI.

3 Luc., VI.

4 Mich., VI.

5 Prov., XXI.

6 Osæ., VI.

1 Prov. XI.

2 Prov. XXVIII.

aquel Dios humanado que ama á los pobres como á sus mejores amigos, que los guarda y protege, como la pupila de sus ojos, y que no dejará sin galardón una sola moneda, un pedazo de pan, una palabra de consuelo, ni un vaso de agua fría, dado en su nombre y por su amor al desvalido y menesteroso. Y cuando llegue la hora solemne de la muerte, y comparezcáis ante Jesucristo, para darle cuenta de toda vuestra vida, vereis esta sentencia de inefable consuelo y de eterna ventura: Lo que hicisteis con uno de mis pobres, conmigo lo hicisteis. Porque tuve hambre y me disteis de comer, y sed y me disteis de beber, y estuve desnudo, y me vestisteis, venid, benditos de mi Padre, á poseer en premio de vuestras limosnas el reino de la gloria. Amen.

LOS ZAPATOS DE SANTA CECILIA.

Hay en Alemania una ciudad llamada Germund, donde el músico que llega es recibido con agrado y obsequiado á cambio de las notas de su canto, esto no es efecto de un raro capricho, ni de que los habitantes sean exagerados amantes de la música: la tradición le señala un origen milagroso, y en vano fuera intentar convencer de lo contrario á los músicos alemanes y á los hospitalarios habitantes de Germund.

Habia en otro tiempo en dicha población una magnífica iglesia dedica-

da á Santa Cecilia, y en el altar de la Santa y en la imagen misma se veían pruebas de la devoción de los habitantes; las alhajas abundaban, pero lo más notable eran los zapatos de oro que calzaba la santa, patrona de los músicos.

Desde los países mas lejanos llegaban los artistas cargados con su músico instrumento á cantar una plegaria al pié del altar y á depositar su ofrenda en el famoso santuario.

Un día llegó uno de estos hijos de la música, con tanta fe como miseria, y pulsando su violoncello entonó su sentida plegaria á Santa Cecilia, y le rogó le socorriese en su triste estado. Sonrióse la imagen y arrojóle uno de sus zapatos de oro.

Ebrio de alegría el cantor recogió la dádiva de la Santa, y salió de la iglesia soñando en un risueño porvenir, y pensando sólo en cambiar la alhaja por metálico que le permitiera atender á la satisfacción de sus urgentes é imperiosas necesidades.

Entra en una platería y propone al artífice la compra del precioso objeto que lleva consigo; pero el platero conoce la joya y juzga al portador de ella ladrón sacrilego. Aféate su acción y lo entrega á las autoridades, el infeliz músico se ve encarcelado, y considera con tristeza como se desvanecen sus acariciados sueños de ventura.

¡Infeliz! pronto es sentenciado á muerte, y se le conduce al sitio donde ha de ser ahorcado.

Marcha la fúnebre comitiva entonando salmos para que el Señor acoga en su seno el alma del que va á pagar con la vida su sacrilego crimen, y pasan por delante de la iglesia que se conceptúa el lugar del execrado despojo. El músico solicita elevar su última plegaria á Santa Cecilia, y se le concede penetrar bajo las bóvedas sagradas con toda la comitiva.

Toma su instrumento, y deja oír su voz que en cadenciosos y admirables acordes sube hasta el cielo, llevando su postrera plegaria; el cantor se siente inspirado; los presentes, conmovidos con lo sentido de las notas que salen de su garganta y el músico cada vez mas fervoroso.

Sus oraciones son escuchadas, la santa quiere librar á su devoto de la infamante nota que sobre el pesa, y alzando el pié que le restaba calzado arroja el segundo zapato.

Un grito general se exhala de todos los pechos: los hierros que sujetan al favorecido cantor son arrancados inmediatamente; lo que antes ora cortejo fúnebre se convierte en séquito triunfal y el sentenciado á muerte es acompañado por todos á la Casa Consistorial, festejado en ella y vitoreado por todas partes.

Desde entonces, el músico que llega á Germund es recibido en todas partes con cariño y obsequiado á medida de su deseo.

Si quereis ver llorar de alegría, relata á los músicos alemanes esta leyenda, que todos conocen; y si deseais veros colmados de obsequios, pisad las calles de Germund cargados con instrumento músico.

EL ZAPATERO REMENDON.

No vayas á pensar, lector amigo que intento endosarte un artículo de costumbres, cuyo protagonista sea el zapatero viejo ó remendon; nada de eso. Por otra parte, aunque quisiera, mal podia desempeñar su cometido quien nada entendiende remontas, tacones, ni medias suelas. Mero narrador, conténtome por hoy con referirte una anécdota.

No siempre los proverbios son verdades generales é inconcusas, aunque tambien es cierto que la excepción

confirma la regla. *Nadie está contento con su suerte*, dijo el Sabio, y repetimos, siempre que nos place, los ignorantes; y lo repetimos en latin para que mejor nos entiendan. Pues bien: un zapatero remendon de una capital de provincia, de cuyo nombre no quiero acordarme, desmintió con su conducta al Sabio y al proverbio su hijo.

Es el caso, y va de cuento, que nuestro zapatero y su mujer habitaban un sotabanco en cierto callejon de mala muerte, al que caian algunas ventanas del palacio episcopal. Tan pobres eran los zapateros, como observador y caritativo el señor Obispo su vecino; mas no fué la extremada pobreza del matrimonio zapateril lo que chocó al señor Obispo, sino su imperturbable conformidad y buen humor.

Lebantábase al romper el alba los zapateros, abrían la puerta de su choza, y en tanto que el marido recogía y ordenaba para el trabajo las herramientas de su oficio, barria y regaba la mujer el trozo de calle fronterizo á su morada. Se sentaban despues sobre el umbral de la puerta, y machaca que machacarás él, y cose que te coserás ella, con cáñamo encerado y tachuelas remiendan alguna bota ó zapato, que se apresura á llevar á su dueño la mujer, para con el producto del remiendo cubrir despues sus nada blancos manteles. Inútil es advertir que sazaban el trabajo todo el dia con continuas canciones entonadas á duo y acompañadas por el monótono repiqueteo del martillo y conversaciones animadas y picantes. Apenas el toque de oraciones anunciaba en la torre de la inmediata catedral el medio dia, recogían sus bártulos, y sin pasar al comedor, sobre la mesita de las herramientas colocaban sus sardinas ó cebollas asadas, que, con un pan moreno de á libra, repartían entre los dos como bue-

nos hermanos y devoraban en pocos segundos con tanto placer como provecho. Levantados los manteles del banquete opíparo, reproducíanse las canciones, la charla, el martilleo y las idas y venidas de la zapatera para el buen servicio de sus parroquianos. La cena, de idéntica calidad que la comida, daba por terminado el jornal; y cuando todo mochuelo regresaba á su olivo, recogíanse los zapateros en su choza, durmiendo en ella á pierna suelta el sueño de los felices.

El señor Obispo, que desde las ventanas de su palacio espía á los zapateros, al ver tanta resignación unida á tanta pobreza, compadeciéndose del matrimonio, y, llamando al marido, le dijo:

—Me han dicho que es V. todo un maestro en su oficio; ¿por qué, pues no pone V. una zapatería de nuevo en regla?

—Señor, contestó el zapatero, si no tenemos para comer, ¿como quiere S. I. que compre los materiales necesarios?

—No se apure V. por tan pequeña cosa. Tome V. cien duros, y empléelos en lo que tenga por conveniente.

Pero, señor, ¿como he de pagar yo?...

—Ya están pagados. Con que á trabajar, continuando tan hombre de bien como hasta aquí, y á ver si logra V. reunir un capitalillo para la vejez.

Lleno el zapatero de asombro, no acertó al principio á moverse de su sitio, bajó despues de cuatro en cuatro las escaleras de palacio, y corrió en busca de su mujer, que medio perdió el juicio al ver en su delantal tanto dinero.

Recogieron las herramientas y los botas y zapatos á medio remendar; y entraron en su casa á resolver el arduo problema.

¿Que harían con aquellos cien duros?

Por de pronto dejaron de trabajar, abandonaron el umbral de la puerta, apagáronse las canciones en sus gargantas, huyeron las conversaciones picantes de sus labios; y si bien es cierto que aquel día no comieron, como de costumbre, sardinas y cebollas asadas, también es verdad que por la noche desveláronse de tal manera pensando en que podían robarles su tesoro, pues no había llave ni cerrojo alguno en la casa, que al fin se coló la aurora, no por las rosadas puertas del Oriente; sino por la lóbrega de la habitación zapateril; sorprendiendo al matrimonio con algunos reales más que de costumbre, pero con mucha menos calma y alegría que de ordinario.

En tan angustiosa situación pasaron algunos días sin que ninguno de ambos cónyuges se atreviese á tomar una resolución definitiva, hasta que cayendo al fin el marido en la cuenta tomó su dinero y se lo devolvió al señor Obispo, diciéndole:

—Señor: cuando eramos más pobres que las ratas, todo era en mi casa tranquilidad, alegría y buen humor. Desde que S. I. nos dió estos dos mil reales no hemos vuelto á ver hora buena. Conque aquí los tiene S. I. otra vez, y Dios que le premie en la gloria su caridad.

Suspense el señor Obispo tomó instintivamente el dinero, repitiendo á la vez con acento de duda el proverbio salomónico arriba dicho: *Nadie está contento con su suerte.*

M. P,

